

CONDICIONES.

Se publica todos los domingos, en un pliego de 16 páginas casi folio, á dos columnas.

Novelas, láminas, figurines, dibujos y patrones.



PRECIOS.

En Madrid, un mes.....	8 rs.
Un mes.....	9
Trimestre.....	27
Semestre.....	52
Un año.....	100
Ultramar y extranjero.....	8 ps. fs.

LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA.

LITERATURA, CIENCIAS, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA A S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

DIRECTORA PROPIETARIA, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

SUMARIO.

Á nuestros suscritores. — Estudios históricos. — El mar (poesía). — La Abuelita, ó cuentos de la aldea. — Al año nuevo (poesía). — El arrepentimiento es un nuevo bautismo: novela de costumbres sociales, original. — Revista de teatros. — Modas. — Explicación del figurin.

Á NUESTROS SUSCRITORES.

Al inaugurar LA VIOLETA el segundo año de su publicación, no aparece alucinando al público con grandes promesas ni presentando en conjunto para que abulten mas la multitud de objetos que piense regalar á sus suscritores en el próximo año de 1864. Correspondiendo al emblema de su título, nada ofrece, sino cumplir fielmente con los numerosos suscritores que la han favorecido hasta hoy, siguiendo en su sistema de mejorar sin ofrecer, sorprendiendo así mas agradablemente.

La nueva forma que damos á nuestra revista nos permitirá introducir algunas reformas en la parte literaria, insertando con la mayor frecuencia posible artículos históricos, de educación y de instrucción general, que sean á propósito para los niños y

las jovencitas, á fin de que nuestra publicación sea útil para todas las edades y para todas las clases.

Todos los números irán acompañados de uno ó dos grabados aparte del testo, y siempre de reconocida utilidad, aumentando á proporción que la suscripción vaya creciendo, pues ya hemos dicho, y lo repetimos otra vez, que nuestra empresa no es una empresa mercantil donde nos guie la esperanza del lucro; nos basta la gloria de llevarla á cabo con tan feliz éxito, y nos prometemos aprovechar todos sus rendimientos en favor de ella misma, mejorándola cada día hasta colocarla al nivel de las mejores que se publican en el extranjero.

De igual modo que antes continuaremos dando á los suscritores de la edición completa las ocho páginas de novela, hasta finalizar *La Pastora del Guadiela*; con ella se repartirán siete láminas y una portada. Rogamos á nuestros suscritores no se impacienten por la tardanza en recibirla, puesto que indefectiblemente las tendrán antes de concluir la obra.

Otra novedad pensamos ofrecer á nuestras bellas suscriptoras, y es dar algunos patrones ya cortados, evitando de este modo la enojosa tarea de sacarlos

lo que á veces se hace dificultoso por la confusion de rayas que atraviesan el pliego. Procuraremos dar algunos de niños, muchos de señora, y de toda clase de confecciones, siendo antes cortados y probados por una acreditada modista.

No fijamos el número de grabados que daremos; pero desde luego serán mas que ninguna otra publicacion de este género, sin que hagamos ostentacion de ello ni lo anunciemos con pomposo énfasis, porque un periódico de esta clase tiene su base en la popularidad que adquiere por su exactitud y bondad, sin que necesite para sostenerse apelar á otros recursos que á los de su propio crédito.

Desde 1.º de año hacemos una ligera variacion en las condiciones de suscripcion, con objeto de facilitar el medio mas cómodo de suscribirse y de renovar los abonos. Sin embargo de que esta condicion quedará fija en las cubiertas, la repetiremos aquí:

1.ª Los señores tanto de Madrid como de provincias que deseen suscribirse, pueden hacerlo con solo mandar á nuestra Administracion central establecida en Madrid (Postigo de San Martin, 9, tercero derecha) su nombre y las señas de sus habitaciones y punto de residencia, porque nuestros corresponsales se encargan de cobrar á domicilio en todas las poblaciones de alguna importancia.

2.ª Consideramos suscritores perpetuos á todos nuestros abonados, mientras que no pasen aviso á nuestra Administracion del cese, ó devuelvan el número que no les corresponda despues de vencida su suscripcion. Por consecuencia, con el último número del mes en que esta venza, se les pasará aviso para que renueven, pudiendo hacerlo por medio de libranzas ó sellos hasta el dia 9 del mes siguiente; y si para este dia no lo hubiesen verificado ni pasado aviso de cesar en la suscripcion, se girará una letra como renovacion. Esta medida la tomamos en obsequio de nuestros abonados, á fin de evitarles molestia; por lo tanto, les rogamos encarecidamente no den lugar á la devolucion de letras que pueden causarnos un perjuicio.

3.ª Los suscritores á la edicion económica no tienen opcion á ninguna clase de *regalos*, debiendo solamente recibir cada mes un figurin, y los pliegos de dibujos y patrones.

4.ª El regalo que ofrecemos á los suscritores de

año debe entenderse que solo tienen derecho á recibirle los que anticipen en el acto el importe de dicho año, y no á los que ya lleven suscritos este tiempo.

5.ª Las suscripciones empiezan siempre en 1.º de mes.

LA ADMINISTRACION.

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

NUMANCIA.

I.

En todas las épocas célebres en la historia la Providencia hace nacer seres privilegiados, colosos cuyos hechos publica con sus cien lenguas la fama, y cuyo nombre llena el mundo.

Y cuando una de esas grandes figuras sucumbe, una revolucion completa se opera en el fondo de la sociedad.

Muere Alejandro, y su imperio inmenso, formado de tan diferentes razas, unidas y disciplinadas con su valor y su prudencia, es hecho girones por sus ambiciosos capitanes.

Cae César bajo el puñal de Bruto, y los partidarios de Pompeyo, rotos y destrozados en Munda, se alzan en la Lacetania, consiguiendo, despues de repetidas victorias, que Roma les pida la paz y nombre almirante general de la armada á Sexto Pompeyo.

Muere Carlos V en el claustro, rendida su cabeza del peso de tantos laureles, y la España, guerrera, activa, se convierte en el reinado de su sucesor en una nacion fanática, supersticiosa, que mira todas las cuestiones á la luz de las hogueras del Santo Oficio, y hasta en sus trajes y en sus monumentos trasmite á otras edades el carácter tétrico y pavoroso de su Rey.

Muere Napoleon en Santa Elena, y la Francia, aquella nacion que colgara de las garras de sus águilas las coronas de innumerables Reyes, ve invadido su territorio, y contempla ondear vencedores sobre los muros de su corte los pendones extranjeros, tantas veces rotos en los campos de batalla por las bayonetas de sus soldados.

Y estos cambios se operan porque al bajar al sepulcro uno de esos genios de la guerra, uno de esos hombres privilegiados que encierran en su pecho el espíritu de todo un siglo, que con su valor y su ciencia comprimen y regularizan la marcha de las naciones, los acon-

tecimientos se precipitan como el torrente que, contenido largo tiempo, logra, por fin, romper el dique que le sujeta.

Así sucedió con la muerte de Viriato: el puñal que le arrancó la vida dió al mismo tiempo el golpe de gracia á la independencia ibérica, pues los soldados del caudillo lusitano que le sobrevivieron, á pesar de haber nombrado como jefe á Tantamo, rotos y vencidos en diferentes encuentros, unos pidieron la paz, sujetándose al yugo romano, y otros se refugiaron en Numancia, ciudad que por el valor de sus habitantes era respetada y aun temida.

Pero el Senado romano, engreído con las victorias alcanzadas, se propuso remachar aun mas los hierros á todos los pueblos celtiberos, descontentos de su tiránica dominación.

Numancia fue, pues, el blanco de las iras de la república, y sobre ella arrojó sus legiones, ansiosa de hacer doblar la rodilla á aquel pueblo de valientes.

Pero el orgullo y el poder de Roma se estrellaron en sus muros, y cinco ejércitos numerosos, al mando de otros tantos cónsules, rotos y deshechos por el valor de los numantinos, huyeron como bandadas de tímidas palomas, llevando el espanto y el terror hasta el mismo Senado romano.

Grandes acciones, actos sublimes de valor y de temeridad se ejecutaron por los sitiados durante los diferentes asedios; pero uno de los mas notables, uno de los mas raros, fue el que ocasionó la destrucción de la hueste del cónsul Cayo Hostilio Mancino, y atrajo sobre su frente la cólera de la república.

Era la época del año en que la juventud numantina, según práctica inveterada, acostumbraba á celebrar sus bodas.

Dos jóvenes de igual posición y bravura solicitaban á una de las doncellas mas nobles y distinguidas, y el padre, reconociendo en ambos los mismos títulos y las mismas prendas, ofreció que se la concedería en casamiento á quien primero le trajera la mano derecha de uno de los sitiadores muerto en combate personal.

Los dos rivales esperaron impacientes la llegada de la noche, y ansiosos de conseguir la posesión de la que tanto amaban, se arrojaron hácia las trincheras enemigas, resueltos á trabar la pelea con los centinelas avanzados.

Pero su desconuelo y su asombro no tuvo límites.

El campo romano se hallaba abandonado, y nuestros jóvenes tornaron á la ciudad refiriendo el suceso.

Entonces los numantinos, en número de cuatro mil, tomaron posesión del campo romano, y fiados tanto

en su valor y en su bravura como en el miedo que inspiraban á sus adversarios, siguieron el alcance del enemigo, cuyo ejército constaba de cuarenta mil hombres, y sin vacilar un punto acometieron en las tinieblas de la noche con tal empuje y tal entereza, que envuelto el cónsul Mancino, despues de haber perdido la mitad de su gente, abatió sus banderas y pidió capitulación.

Los numantinos, tan generosos como valientes, concedieron á los vencidos lo que solicitaban, y pactaron un honroso tratado, y dejaron tornar libre al resto del ejército que estaba en sus manos destruir.

Pero así que se supo en Roma el éxito fatal de aquella jornada y el vergonzoso tratado hecho con aquella ciudad rebelde, el Senado, atento siempre mas á satisfacer su orgullo, su intransigencia, que á la salud de la patria, desaprobó el pacto, sujetó á juicio á Mancino, y sin hacer caso de sus razones, sin atender á su descargo, le condenó á ser entregado al enemigo como un miserable esclavo, y poniendo en su lugar á Marco Emilio Lépidio le ordenó continuar el asedio y no transigir de manera alguna hasta que aquella ciudad doblase la rodilla ante el poder de la república.

II.

La órden del Senado romano fue exactamente cumplida.

Numancia fue de nuevo cercada, y el desgraciado Hostilio Mancino, desnudo y atado brazos y manos á la espalda, fue colocado, como si fuera un malhechor, á las puertas de la ciudad.

Pero los numantinos, nobles y generosos, se negaron á saciar su venganza en aquel hombre revestido ayer con toda la majestad y soberanía de la república, y degradado hoy como el mas miserable de los esclavos, cuya única culpa, cuyo único delito consistía en haber transigido con el enemigo cuando la desgracia le obligó á hacerlo, salvando así la vida á mas de veinte mil de sus soldados.

Todo el día permaneció Hostilio en aquella actitud, hasta que los romanos, despues de consultar á los augures y arúspices, le recogieron, creyendo haber dado á los numantinos suficiente satisfacción.

Con este modo tan injusto de obrar, el Senado se fue creando enemigos en la clase noble, que no podia ver con buenos ojos el despotismo, la opresión y la intransigencia del gobierno de la república, los cuales, uniéndose en secreto, empezaron á afilar en silencio el acero que debía de romper mas tarde el áureo cetro del patriado en la batalla de Pharsalia.

III. Roma, atenta siempre á conseguir su fin sin reparar en los medios, habia roto dos tratados hechos con los numantinos por los cónsules Quinto Pompeyo Rufó y Hostilio Mancino, creyendo que la seria demasiado fácil reducir á la obediencia aquella ciudad rebelde.

Pero el Senado se engañaba, y olvidándose sin duda de las muchas veces que las banderas romanas habian sido rasgadas por aquellos altivos naturales, creyó que poniendo á la cabeza de sus légiones á hombres experimentados en la guerra, Numancia seria suya. Pero el tiempo se encargó de mostrarle lo mucho que se engañaba. Marco Emilio Lépidó, sucesor de Mancino, y los cónsules Publio Furio Filo y Quinto Calpurnio Pison rehusaron, á pesar de las instrucciones terminantes que tenian, dirigir sus armas contra Numancia, temerosos de verse degradados y envilecidos si la desgracia ó la casualidad les deparaba una derrota.

De modo que el severo castigo impuesto á Hostilio, en vez de servir de aliciente á sus sucesores, fue una leccion que tuvieron siempre á la vista para no esponer su nombre, sus riquezas y su persona en brazos del acaso.

Durante el tiempo de su mando en España, estos cónsules respetaron á los numantinos, y dirigiendo sus armas sobre otras ciudades, consiguieron que la victoria acariciase sus banderas.

Pero, á pesar de sus triunfos, el Senado veia con disgusto su desobediencia, y decidido á conseguir su propósito, designó para llevarle á cabo á Publio Scipion Emiliano, llamado el Africano Menor, exigiéndole juramento de que no descansaria un punto hasta no dejar en Numancia piedra sobre piedra.

"Yo juro por los dioses inmortales—respondió el noble guerrero—que mi espada sabrá reducir á escombros esa ciudad rebelde, como hace cuatro años redujo á la orgullosa rival de Roma.

"Yo os juro, padres de la patria, que Numancia doblará su cuello á nuestro yugo, ó yo haré con ella lo que hice con la poderosa Cartago."

Y así sucedió: el cónsul vino á España, y encargándose del mando de las legiones empezó á cortar de raíz los muchos abusos introducidos en el ejército en los dos años de ocio.

Arrojó á mas de dos mil mujeres licenciosas que se hallaban entre los soldados; despidió los vendedores y los acemileros; prohibió el uso de los vestidos de seda y de los perfumes, y daba ejemplo á todos presentándose siempre ataviado con un modesto sayo de color oscuro.

Puso tasa en los gastos de la mesa; hizo ejercitarse diariamente á los soldados en el manejo de las armas y en las maniobras de la guerra, consiguiendo, por último, acostumbrarlos á la fatiga y á la antigua disciplina de que se habian olvidado.

Cuando ya tuvo seguridad de haber conseguido su objeto, dirigió sus legiones hácia Numancia, con el fin de acostumbrarlas á medirse con el enemigo.

Dividió su ejército en dos cuerpos, y haciendo alto en frente de la ciudad, la cercó de un vallado de tres millas de circunferencia.

Despues abrió un foso de diez pies de ancho y veinte de profundo, plantando en sus orillas estacadas, y detras edificó un muro que, abrazando toda la circunvalacion, tenia un grueso de ocho pies por diez de altura, coronado de almenas y defendido ademas por torreones levantados de trecho en trecho.

Hecho esto, no quedaba mas punto abierto para la plaza que el rio, y con objeto de cerrarlo, hizo levantar sobre las dos riberas unos pequeños castillos, y echó, asegurada de ellos, una fuerte cadena, formada de gruesas vigas armadas de hierros puntiagudos, trabados de tal modo, que colocadas á la faz del agua cerraban completamente el paso.

Concluidos, pues, los trabajos del sitio, el general romano ordenó á sus tenientes que no aceptasen la batalla aunque los sitiados les provocasen á ella, limitándose solo á defender su campo, caso de ser acometidos, pues queria que el hambre y las privaciones rindiesen á la ciudad.

La órden del cónsul se cumplió; sus tropas no trabaron jamás el combate á pesar de las continuas provocaciones de los sitiados, que sintiendo ya la falta de víveres y conociendo el propósito de los sitiadores, empezaban á abandonarse á la desesperacion.

Todos los dias los numantinos salian de la ciudad y llegaban hasta el mismo pie del muro del campo romano á echarles en cara su cobardía; pero estos, fieles á las órdenes de sus jefes, despreciaban sus provocaciones, no haciendo siquiera uso de las armas arrojadas, con las cuales hubieran podido á mansalva hacerles daño.

Corrió, pues, el tiempo, y el hambre fue tan grande, tan escesiva dentro de la plaza, que hasta empezó á hacerse uso de la carne humana.

En tan terrible situacion, los numantinos concibieron el arriesgado proyecto de atravesar la línea enemiga, y correr á pedir socorro á otras ciudades comarcanas.

Retógenes Caraunio, hombre célebre en Numancia por su valor y su serenidad, eligió diez de sus compañeros, y protegido de las sombras se dirigió al campo enemigo en una noche oscura, salvó el foso, escaló el muro, y matando y rompiendo cuanto encontró á su paso, se abrió camino por medio de la hueste romana, corriendo á la ciudad de los Arevacos, antiguos aliados de Numancia, en demanda de socorro.

Inútilmente rogó y suplicó Retógenes; ni en aquella ciudad ni en ninguna otra de Castilla encontró un solo brazo dispuesto á levantarse en defensa de su patria moribunda.

Entonces desesperado tornó á Numancia, é hizo saber á sus conciudadanos que no les quedaba mas alternativa que la capitulación ó la muerte.

En tan críticas circunstancias, la ciudad despachó cinco diputados al general romano solicitando condiciones decorosas para rendirse; y el mas anciano de todos, dirigiendo la palabra á Scipion, le dijo: «Valeroso general, Numancia está postrada á tus pies. Tú tienes la gloria de ser nuestro vencedor.

«Tambien nosotros hemos vencido cinco ejércitos romanos y cinco cónsules, sin que por eso hayamos abusado de la victoria.

«Vencimos á Quinto Fulvio, y le ofrecimos sinceramente nuestra amistad; Marco Claudio Marcelo, Quinto Pompeyo Rufo, Marco Popilio Lenate, y Cayo Hostilio Mancino, son otros tantos cónsules romanos precisados de nuestro valor á pedirnos la paz.

«Nosotros, vencedores, se la concedimos siempre, sin hacer mencion de los agravios pasados.

«Invicto general, negarnos una vez lo que tantas veces hemos otorgado, no será conforme á la reputacion de los Scipiones y de los Emilios; tampoco será gloria de Roma.

«Pero si quieres nuestra muerte, si desas nuestra sangre, concede á lo menos á los numantinos que puedan morir como valientes.

«Sal de tus trincheras, desampara los puestos fortificados, y nosotros saldremos de nuestros muros: perezca Numancia en una gloriosa batalla.

«Nosotros apenas somos cuatro mil hombres de armas, debilitados con el prolongado padecer, estenuados de hambre, sombras mas bien que combatientes.

«Tú tienes un ejército de 60,000 hombres, soldados frescos y robustos, abundancia de víveres y municiones; es segura tu victoria, inevitable nuestra muerte.

«Si nos niegas esta gracia, darás ¡oh Scipion! una prueba evidente de tu dureza, que eclipsará tu nombre.

«Un indicio de cobardía que hará vergüenza al valor romano, y un testimonio de temor que honrará nuestro fin.»

Cesó de hablar el numantino, y Scipion, lleno de ira ante tan altaneras frases, le contestó en estos términos: «Renuncio á la gloria que me quieres dar de vuestro vencedor, el hambre será quien venza á Numancia, indigna de perecer con un fin mas honroso.»

Y sin pronunciar una sílaba mas, volvió con desprecio la espalda á los embajadores.

Estos, indignados de semejante ultraje, y viendo la ingratitud con que los romanos pagaban sus muchos favores, regresaron á la ciudad á dar cuenta de lo que les habia sucedido.

Entonces el pueblo altivo, desesperado, sediento de sangre y de venganza, se lanzó fuera de los muros, y como un torrente inmenso se arrojó contra el campo enemigo, resuelto á buscar la muerte.

Su denuedo, su impetuosidad fueron tan grandes, que los romanos, á pesar de su número y de sus posiciones, hubieran sido rotos y deshechos sin la presencia de ánimo de Scipion, que con el mayor denuedo se encontraba en todas partes, ya dando órdenes como general, ya combatiendo como soldado.

Después de innumerables prodigios de valor, los numantinos, envueltos por todas partes por aquel ejército inmenso, intentaron emprender la fuga atravesando las trincheras arruinadas del enemigo; pero sus mujeres, que resueltas á todo les habian seguido al combate, cortaron las cinchas á los caballos, impidiéndoles ejecutar lo que querian.

En vista de esta contrariedad, los numantinos, diezmados y muertos de hambre y de fatiga, se retiraron en orden de batalla, conteniendo las acometidas contrarias, hasta encerrarse de nuevo en los muros de la poblacion, decidida á sucumbir de hambre primero que rendirse al enemigo.

Pero desesperados de lo que tardaba en llegar la muerte, unos tomaron veneno, ó bien se arrancaron la vida con sus propias armas; otros dieron fuego á sus casas y se arrojaron á las llamas con sus hijos y sus alhajas, y los mas altivos y valerosos clavaron una espada en medio de la plaza, y combatieron dos á dos en presencia de los demas.

Á los vencidos se les cortaba la cabeza y se arrojaba su cuerpo al fuego, y los vencedores tornaban á batirse con otros.

Así se efectuaron muchos desafíos, hasta que los últimos que quedaban se arrojaron á las llamas, que en

volvian ya como un torbellino de fuego la ciudad entera.

De esa manera pereció Numancia, dando un ejemplo de lo que es capaz un pueblo cuando defiende con fe su sacrosanta independencia.

Así triunfó Scipion de los numantinos, no logrando hacer ningun prisionero; no pudiendo anunciar al Senado la toma de una ciudad, sino la de un monton de humeantes ruinas.

Numancia alcanzó siendo vencida una gloria tan inmarcesible, tan eterna, como eterno será el borron que arrojó con este triunfo sobre su frente la orgullosa Roma.

JULIAN CASTELLANOS.

Insertamos con gusto la siguiente composicion que ha sido leida por su autor, y saludado con grandes y merecidos aplausos en el bellissimo Liceo de Piquer.

EL MAR.

Nunca, nunca en la arena
ni en los rotos peñascos altaneros
que á tus olas les sirven de cadena,
puse mi planta; nunca mis oidos
los soberbios rumores escucharon
de tus fuertes y horrisonos bramidos.
Nunca del sol ardiente
vi ocultarse la luz tras tu espuma
en la roja mansion del Occidente.
Nunca los huracanes
rompieron ante mí tu densa bruma,
como rompen el monte los volcanes.
Nunca los ojos míos
por tanta inmensidad se dilataron,
ni tus cantares roncós y bravíos
los sueños de mi mente despertaron.

Tu majestad, tus rápidas corrientes,
tus raudas olas que soberbias cantan,
son grandes como el sol, como las frentes
de los genios que al cielo se levantan.
Y yo nunca te vi; nunca estasiado
contemplé tu magnífico oleaje,
ni por recias borrascas alterado
te vi crecer con ímpetu salvaje.

Pero no, que mi ardiente fantasía
cuando en las noches del silencio hermanas
los campos del delirio recorria,
te ha visto en sus ensueños levantarte,
preso en tus costas de peñascos llenas,
y en revuelto vaiven precipitarte
en tu lecho de rocas y de arenas.

Genios de la creacion, dulces cantores

á quien el mundo con asombro admira;
sublimes é inspirados trovadores
que de laurel ceñisteis vuestra lira;
vosotros que teneis por pedestales
los siglos que de gloria se cubrieron;
vosotros cuyos nombres inmortales
en la frente del mundo se esculpieron,
decidme si algun dia
ante el soberbio mar habeis cantado;
detened mi soberbia fantasía,
decidme si es verdad lo que he soñado.

Era una noche en que lejano el viento,
ecos de tempestad triste lanzaba;
cuando el azul y hermoso firmamento
de rayos y de nubes se poblaba;
cuando el hirviente son de la tormenta
en los antros recónditos se oia,
y la luz del relámpago violenta
con nuevo horror la oscuridad rompía;
cuando rugiente el trueno se arrastraba
por las esferas lóbregas rodando,
y el huracan horrisono bramaba,
los árboles con ímpetu doblando,
sobre una cumbre que en el denso velo
del horizonte cárdeno se ostenta,
donde descansa en su pujante vuelo
el águila caudal que sube al cielo,
y allá en las nubes las estrellas cuenta;
allí donde se rompen transparentes
los hermosos cristales
de los sonoros límpidos torrentes;
al pálido reflejo
de la luz que el relámpago vertiera,
yo contemplaba el mar, gigante espejo
do mira el sol su ardiente cabellera.

Lo vi con el hermoso poderío
que ronca la tormenta le prestaba;
altanero, fantástico, sombrío,
y grande como el mundo que besaba.
Yo contemplé su eterno movimiento;
sus palpitantes ondas sacudidas
por el empuje rápido del viento,
y en su manto de sombras confundidas.
Yo contemplé su bárbara fiera
al magnífico son de sus cantares;
y ¡¡¡canté su grandeza!!!
¿Quién no sabe cantar ante los mares?

Una voz de su seno se levanta
que dice por los aires resonando:
"Aquí está Dios; quien á los mares canta,
la grandeza de Dios está cantando."
Yo la escuché; de admiracion un grito
brotó en mi pecho y se elevó á la esfera,
lo grande, lo soberbio, lo infinito,
yo contemplaba por la vez primera.

Mas ya todo cambió: las pardas nubes
flotantes en el éter se ocultaron,
y dulce cual la voz de los querúbes
los céfiros acordes murmuraron.

Entonces, á lo lejos,
vi despertar la regalada aurora
tiñendo con sus nítidos reflejos
la frente azul del mar que la enamora.
Vi espumas matizadas
del iris con los célicos colores,
de perlas coronadas;
de esas perlas preciadas
que son del mar las virginales flores.

Las olas se estendian,
y á los besos del aura se rizaban;
perezosas huian,
y de nuevo tornaban,
y de nuevo tambien desaparecian.

Como ligeras aves
vi resbalar gallardas y atrevidas
las voladoras naves
sobre el hirviente piélago mecidas.
Y recordé los héroes de la historia,
y en éstasis profundo
bendije de Colon la eterna gloria:
no puede marchitarse la memoria
de aquel que al mundo regaló otro mundo.

¡Oh fantástico mar! tus aguas puras
son la imágen bellísima del cielo;
si ruge la borrasca en las alturas,
tambien desgarras tu apacible velo.
Mas si derrama el sol sus resplandores,
tus ligeros cristales
se visten de purísimos colores;
de tus ocultos bosques de corales
se levantan suavísimos rumores.
¡Plegue á Dios que en el polvo de la tumba
no se sepulse mi cadáver frio,
sin que al eco del trueno que retumba
contemple tu gigante poderio!

¡Adios, oh mar! el alma que te admira
soñó tu inmensidad, y absorta queda.
¡Plegue á Dios que del sueño la mentira
en dulce realidad tornarse pueda!

Madrid.

A. F. GRILO.

LA ABUELITA,

6

CUENTOS DE LA ALDEA.

Á MI ADORADA HIJA MARÍA DE LA GLORIA.

Vas á cumplir un año (1), mi adorada Gloria, y yo voy á dar principio á la tarea de crear un libro donde aprendas la moral divina, la virtud y las buenas costumbres. Tarea gratísima para mi corazón de madre, y que llevaré á cabo con la ayuda de Dios, mientras velo tu inocente sueño al pie de tu cuna. No serán mis lecciones áridas y empalagosas, sino entretenidas y agradables, pues las presentaré en formas suaves y delicadas, bajo los dulces tipos de encantadoras niñas que practican la virtud lejos de las ciudades, con la sencillez de la vida del campo, y protegidas por el influjo santo de edificantes y puros ejemplos.

De este modo cuando tu razon comience á desarrollarse podrás apreciar mi trabajo, y comprender el móvil que me impulsa á formar esta coleccion de cuentos, y que no es otra que la de hacerte buena hija, buena esposa y buena madre de familia, si imitas los tipos que presentaré á tus ojos.

Si consigo mi objeto, seré feliz, y mi satisfaccion inmensa, porque mis sencillas historias habrán contribuido á labrar la dicha de mi adorada hija, de la que hoy es el encanto de mi existencia.

FAUSTINA, SAEZ DE MELGAR.

Madrid diciembre de 1860.

No hace muchos años que en una pintoresca aldea situada en la orilla del Tajo, vivía una honrada familia. Componíase de la abuela, anciana sexagenaria, de su hijo D. Rafael, su esposa doña Cármen, y una catterva de chiquillos, dichosa prole con que el Señor habia coronado su himeneo.

No haré detenidamente el retrato de cada uno, porque les irán conociendo mis lectores poco á poco, segun avancemos en nuestro relato. Ahora los veremos á todos agruparse en rededor de una gran mesa, donde su buena madre les sirve la cena, presidiendo la alegre reunion la decana de la familia.

Su posicion de ricos hacendados les permitia vivir con el mayor desahogo, y no se advertia jamás en aquella casa miserias ni escasez. Para los que no hayan visto el hogar de un labrador, les haremos brevemente una ligera descripcion. Las casas son casi todas de un solo piso (en el pueblo á que me refiero), compuestas

(1) Hace tres años que empezó la publicacion de estos cuentos en *La Aurora de la Vida*; mas tarde este periódico pasó á manos de otra empresa, la que sin duda no tuvo por conveniente continuarlos, pues quedaron interrumpidos, bien á mi pesar, hasta hoy que aparecen de nuevo en *LA VIOLETA*, inaugurando una segunda época que me promete será mas brillante que la primera. Este trabajo no podia quedar inédito: en él se hallan reasumidas las afecciones mas caras de mi corazón: mi amor de madre; la adoracion que profeso á mis hijas.

LA AUTORA.

de anchurosas habitaciones, con rejas á la calle ó á los huertos. Á la derecha de la gran puerta de entrada está la cocina, junto al fuego una veintena de criadas y criados saborean una abundante y bien condimentada sopa. Á la izquierda, en una sala bastante grande con su moderna chimenea, está reunida la familia de D. Rafael. Los muebles de esta habitación son sencillos, y resplandece por doquiera el mas esmerado aseo. Á los lados de la chimenea hay dos enormes y antiquísimos sillones de roble, que ocupan generalmente la abuela y el jefe de la casa. En una sillita baja se sienta su esposa á hacer labor hasta las ocho, que se levanta y acuesta á sus hijos, ayudada de la niña mayorcita, que tiene catorce años, y despues de haberles hecho arrodillarse ante una imagen de la Virgen, rezando las oraciones de la noche, santa y piadosa costumbre que, grabada desde la infancia en el corazón de los niños, no se olvida jamás.

—Abuelita, dijo Federico, el mayor de los niños: cuéntenos V. una historia de aquellas tan bonitas que V. sabe.

—Cuando aprendáis la lección, dijo la anciana tomando la calceta y aproximándose al fuego.

—Yo ya la sé.

—Y yo.

—Y yo, contestaron todos los niños á un tiempo.

—¿No me engañáis?

—No, señora, dijo César: la hemos estudiado antes de cenar; y si no, verá V. qué pronto se la esplico toda.

—Calla, parlanchin, repuso Amparo, que era la niña mayor: si te pones á decir la lección, darán las ocho, y no tendrá la abuelita tiempo de contarnos el cuento.

—Tiene razon la hermanita, dijeron otros.

—Sí, sí, abuelita; una historia, una historia.

El clamor de la infantil reunion era general, y tuvo necesidad su madre de hacerlos guardar silencio, diciéndoles que ya iban á dar las ocho, y solo les quedaba el tiempo preciso para rezar las oraciones de la noche.

—¡Qué lástima! murmuraba Evangelina con tristeza.

—Abuelita, repuso María colgándose al cuello de doña Tomasa: pida V. permiso á madre para que nos deje hasta las nueve.

—Ya se lo pediré, dijo Hernan, el mas pequeño de los niños.

—Sí, sí; á ti no te niegan nada; ve, hermanito, y que nos concedan esta gracia.

—Voy corriendo.

Se levantó el gracioso niño, y dirigiéndose á su madre, exclamó con mimoso acento:

—Señora madre, ¿quiere V. que no nos acostemos hasta las nueve, y nos contará la abuelita un cuento?

—Si padre os da permiso, corriente.

—Concedido, dijo D. Rafael levantándose de la mesa, donde aun permanecía, para pasar á su despacho.

Todos los niños empezaron á gritar batiendo palmas con alborozo y rodeando á la anciana señora, que quitándose los anteojos los puso en la cestita de la

calceta, y fue marcando á cada uno de los niños el sitio que debía ocupar, diciéndoles:

—Amparo y Federico á mi derecha; César y Evangelina, á mi izquierda, y en frente, formando corro, Hernan, Jesus, Enrique y María del Rosario.

De esta manera colocó á los ocho niños; y luego que les hubo recomendado el mayor silencio y la mas severa formalidad, volvió á ponerse los anteojos para continuar haciendo calceta, y con cascada y temblorosa voz, refirió lo siguiente.

(Se continuará.)

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

AL AÑO NUEVO.

Avanza presuroso, bello niño;
cúbre tu blanca frente
de rosas, tulipanes y de armiño,
cuando pinte en Oriente
el alba su irisado desaliño.

Recoge tus cabellos
rubios como de Febo los destellos;
abre tus grandes ojos,
deja vagar en ellos
de tu ardiente deseo los anteojos.

Reparte á manos llenas
el oro, las riquezas, la ventura;
desata las cadenas
que al espatriado triste dan tortura;
quiebra el cáliz fatal de la amargura.

Al que en estraña tierra,
lejos de su familia y sus hogares
en sanguinaria guerra
corre de la fortuna los azares,
llévale de la patria los cantares.

Al padre cariñoso,
al que en su niño hermoso
deposita su amor y sus pasiones,
dale salud, tranquilidad, reposo;
no mates sus ardientes ilusiones.

Al misero poeta,
al que su mente inquieta
siente latir de inspiracion henchida,
dale ilusion completa,
préstale luz, y sentimiento y vida.

Al que en ignotos mares,
en alas de su ardiente fantasía
en busca va de codiciados lares,
rasga del porvenir la faz sombría;
dibuja el puerto que su mente ansía.

Y á la púdica vírgen que suspira,
la niña candorosa
que por su amor delira,
á la que espera ansiosa
ecos perdidos de mi pobre lira.

Envuelve con tu manto,
presta á su voz encanto,
dulzura á su sarcástica sonrisa,
cuando mi triste canto
deposite en los pliegues de la brisa.

Jamás con mano impía
al avanzar veloz en tu carrera
marchites la alegría;
tu rica primavera
vista de flores mi ilusion primera.

Reparte á manos llenas
el oro, las riquezas, la ventura;
desata las cadenas
que al espatriado triste dan tortura;
quiebra el cáliz fatal de la amargura.

CONSTANTINO GIL.

EL ARREPENTIMIENTO ES UN NUEVO BAUTISMO.

NOVELA DE COSTUMBRES SOCIALES,

original

DE JULIAN CASTELLANOS.

CAPÍTULO PRIMERO.

La guardilla.

En una de esas hermosas tardes de primavera poéticas y apacibles, escondía el sol su cansada frente tras los montes lejanos, matizando con sus últimos rayos las copas vencidas de los árboles.

La brisa vagaba llena del perfume de las flores que esmaltan la pradera; y los pájaros, escondidos en los frondosos álamos que ornán las orillas del tísico Manzanares, cantaban su himno de despedida al espirante día.

Todo era bello, todo hermoso en tan encantado panorama, donde parece que la pródiga naturaleza, al arrojar de sí la pesada capa de hielo con que el aterido invierno la envolviera, se mostraba mas risueña, mas deslumbrante, engalanada con el nuevo manto de flores y de verdura con que la vestía la alegre primavera.

Pero apartemos los ojos de tan hermoso cuadro, y veamos lo que sucede á esa hora en que todo respira felicidad y vida en una pequeña guardilla de la casa número 30 en la calle de la Ballesta.

Junto á una raquítica ventana, sobre una estrecha mesa de pino, sentado en una desvencijada silla, se en-

cuentra un jóven pálido, como de diez y ocho años, de rubios y rizados cabellos, de ojos azules, á quien apenas apunta el bozo, escribiendo con una agitacion febril.

De cuando en cuando vuelve la cabeza al interior de la estancia, en donde sobre un miserable jergon se ve tendido un bulto de humanas formas, escondido completamente bajo los pliegues de una manta sumamente remendada.

La noche empezaba á cerrar, y el jóven tuvo que suspender su tarea por falta de luz.

Dos lágrimas ardientes surcaron sus pálidas y descarnadas mejillas.

—No he concluido, me falta una hora de trabajo, y no tengo luz.

El día muere, y me veo imposibilitado de terminar esta copia, con cuyo producto tomaria alimentos para mi pobre madre, que no ha comido nada desde anoche.

¿Qué hacer, Dios mio, qué hacer? Llevo trabajando desde que amaneció, y estoy mareado: es verdad, ¡no he tomado nada en todo el día!

¿Qué hacer, Dios mio, qué hacer?

—Juan, dijo con voz débil la enferma: deja de trabajar, hijo mio; ya no se ve.

—Es cierto, madre, pero tengo necesidad de terminar esta copia, y...

—No tenemos luz, ¿es verdad?

—Sí, madre!

—Ya lo comprendo; anoche encendiste varias veces con motivo de mis vómitos, y se ha concluido la vela.

—Sí, señora, pero no desmayemos por eso; voy á ver si los vecinos me prestan para comprar otra.

Y el jóven, arrasados los ojos de lágrimas, salió de la guardilla.

—¡Pobre hijo mio, cuánto padece! ¡Con cuánta resignacion arrostra los sufrimientos que nuestra desgraciada posicion nos hace pasar!

El criado entre la opulencia y la abundancia, es puesto á implorar la caridad pública, y todo, todo por mí: pero afortunadamente no le daré que hacer mucho tiempo, la vida me abandona por instantes, y...

La anciana no pudo continuar; una tos seca y constante, despues de la cual arrojó algunas bocanadas de sangre, se lo impidieron, y cayó desplomada sobre el cabezal.

La guardilla, envuelta en la mas densa oscuridad, quedó sumida en un profundo silencio.

Á la hora en que esto sucedia, el Prado se hallaba lleno de animacion y vida: una lujosa concurrencia paseaba por él alegremente, gozando de las delicias de aquella hermosa noche de primavera.

Ha trascurrido una hora: la puerta de la guardilla gira sobre sus goznes, y Juan penetra de nuevo en la estancia; su madre, repuesta del anterior ataque, le pregunta con voz débil:

—Juan, ¿no traes luz, hijo mio?

—No, señora: he recorrido toda la casa, pero en vano; nadie me la ha proporcionado.

En el cuarto del Sr. Andrés, ese honrado albañil que

ocupa el tercer piso, se encuentra anegada en llanto toda la familia; el pobre se cayó desde el andamio en que se hallaba trabajando, y fue conducido al hospital con dos heridas muy graves.

Desde aquel día su mujer y sus hijos, careciendo del jornal, único recurso para atender á sus necesidades, han tenido que vender hasta los muebles mas precisos para alimentarse, y, además de esto, hoy les arrojan á la calle porque el casero les ha exigido el alquiler del cuarto y no le han podido pagar, reducidos como se encuentran al último extremo.

—Es cierto; ahí tienes la suerte que reserva la sociedad al honrado obrero que gasta los mejores días de su vida dedicado á un trabajo con cuyo producto apenas puede sostener sus obligaciones.

El día que una desgracia, como la que pesa ahora sobre esa familia, les aflige, él espira en el hospital sin el consuelo de ver á su lado á su familia, y su esposa y sus hijos se mueren de hambre.

¡Qué contraste forma eso con ver esas inmensas cesantías que disfrutan otras por solo haber tenido la suerte de ocupar una poltrona!

—Al ver tan desolador espectáculo me retiré, y acudí al cuarto segundo: allí hirió mi vista un cuadro tan desgarrador como el primero.

La señora del memorialista que se encuentra establecido en el portal, ese pobre caballero que despues de haber estado sirviendo dignamente por largos años un destino, quedó cesante en uno de los trastornos políticos pasados, pero sin recibir haber alguno, se encontraba abrazada á su hijo Manuel, ese jóven cajista que es el sosten de la casa, pues el padre, como ya sabeis, no gana casi nada, regando con sus lágrimas su semblante; es soldado del último sorteo, y como su padre no ha cumplido todavía la edad que la ley exige para poder eximir al hijo, y no se encuentra impedido para trabajar, por mas que por su poco favor, ó por su desgracia, no consiga proporcionarse nada, le arrancan de su lado, y hoy parte á incorporarse á su regimiento, que se cree pase al Riff formando la division de vanguardia.

—¡Pobre madre! la ley la priva de su hijo; bien puede llorar y abrazarle, porque quizás sea por la última vez.

—Dejé en silencio aquella casa, y descendí al cuarto principal, que habita ese banquero que hace poco llegó de Méjico, sin que nadie sepa su origen, pero á quien todos adulan por el dinero que desparrama.

—Allí mi vista se deslumbró: en celebridad de que el gobierno le ha concedido la gran cruz de Carlos III en recompensa del servicio que hizo de negociar ese empréstito, que por lo desventajoso tanto ha condenado la prensa, una elegantísima mesa adornada de ramilletes y de multitud de botellas, se encuentra colocada en el centro de un salon colgado de riquísimo damasco.

Una turba de damas y caballeros, ataviados con un lujo deslumbrador, hablaban, bebían y reían, embriagados de felicidad. Las dulces armonías de la mú-

sica se mezclaban al ruido de las copas, en donde hervían espumosos licores, y resplandecientes candelabros de plata mostraban profusion de luces, que se multiplicaban reflejando en las anchurosas lunas de los espejos, que sobre pulimentadas consolas de mármol blanco adornaban tan suntuosa estancia.

Los criados, al verme, me preguntaron con insolente tono qué queria: yo ciego, deslumbrado, llena mi imaginación de un mar de encontradas ideas, no pude responder, y me arrojaron de la casa.

—¡Pobre hijo mio!

—¡Y ahora qué hacer, madre! Esa copia que no puedo concluir por falta de luz, era el único recurso que nos quedaba para tomar hoy algun alimento.

En casa de ese rico banquero se consumen multitud de bujías para solemnizar esa gracia que ha recibido, y en tanto nosotros no podemos desayunarnos por no tener con qué comprar una vela para concluir mi trabajo.

¡Dios mio! ¡Dios mio! esto es insoportable: la muerte es cien veces preferible á esta situación desesperada.

—Juan, vuelve en ti, hijo mio, Dios lo quiere así; acata con sumision su divina voluntad; no te olvides nunca de que el cielo jamás abandona á las personas honradas; no pierdas nunca de la memoria las máximas que procuró grabar en tu corazon tu difunto padre.

—Sí, madre mia; yo he apurado hasta las heces la copa del sufrimiento, yo he ahogado dentro de mi jóven y fogoso corazon la voz del orgullo y de las pasiones, yo he borrado de mi mente el recuerdo de que en época no lejana vivíamos en la opulencia, y de que multitud de personas nos ofrecían á porfía su amistad; personas que, cuando muerto mi buen padre nos vieron reducidos á la estrechez, y tuve que abandonar mis estudios para dedicarme á ganar con qué alimentarnos, nos han abandonado, volviéndonos la espalda por miedo de que les fuéramos á importunar.

(Se continuará.)

REVISTA DE TEATROS.

ALBUM DE LA VIOLETA.

Circunstancias ajenas á nuestra voluntad han impedido que hagamos en tiempo oportuno el exámen de las obras últimamente estrenadas en nuestros coliseos, habiéndose en este tiempo amontonado de tal modo los materiales, que nos será imposible tratar de todas con la detención que merecen. Por lo tanto, nos limitaremos por hoy á dar una ligera reseña de las mas importantes, ya por su mérito literario, ó por el éxito que hayan alcanzado.

El teatro de la Zarzuela, despues de las funciones que con merecida fortuna nos dió el hábil prestidigitador Mr. Velle, puso en escena una zarzuela con escaso éxito, á la que siguió *La Conquista de Madrid*. Esta

obra, que ha dado ya diez ó doce llenos, está obteniendo el éxito mas satisfactorio; precisamente las tendencias de este libreto tienden á despertar los sentimientos patrióticos del corazon, delicada fibra á la que no pueden menos de responder los españoles. La conquista de Madrid por Alfonso VI, unida á la tradicion religiosa de la aparicion de la Virgen en el cubo de la Almudena, es un asunto muy simpático, del que hubiera podido sacarse mas partido: sobre todo, es imperdonable que el Sr. Larra no nos haya presentado al noble Rey mas dignamente, caracterizándole segun reclamaba la importancia de esta gran figura histórica. Por lo demas, el libreto, entre algunos lunares, tiene muchas bellezas, algunas situaciones de efecto, y magníficos trozos de una versificación espontánea y galana.

La música no es de lo mejor que hemos oido del Sr. Gaztambide; hay trozos inarmónicos, de mucho ruido; en cambio escuchamos otros bellísimos, en particular la romanza de tiple en el acto tercero, que es aplaudida calurosamente por el público, con alguna otra mas que no recordamos.

La empresa ha desplegado en esta zarzuela un lujo inusitado. Los trajes son preciosos, el decorado magnífico, y, sobre todo, lo que produce un efecto maravilloso es el cuadro final del segundo acto al aparecer la aurora, cuando el ejército arrodillado saluda con fervor al nuevo día y se prepara para el asalto. La decoración del primer acto tambien es lindísima, contribuyendo al buen éxito de la zarzuela el esmero de su ejecución y el brillante aparato con que está exornada.

Creemos que premiará el esfuerzo de la empresa dando buenas entradas; por nuestra parte recomendamos á nuestros lectores no se queden sin verla, en la seguridad de que pasarán un buen rato.

El teatro del Circo tambien nos ha ofrecido dos estrenos. *El Piano parlante*, lindísimo juguete del inspirado poeta valenciano D. Enrique Gaspar, consiguió un éxito satisfactorio para su jóven autor, que fue llamado á la escena y aplaudido estrepitosamente. *El Piano parlante* está escrito con esa espontaneidad, con esa ingeniosa travesura llena de la encantadora gracia que distingue todas las obras de este laborioso escritor. Le felicitamos por su nuevo triunfo, animándole á que continúe con fe su espinosa carrera, en la que tan legítimos triunfos alcanza.

Otra comedia se ha estrenado tambien en este coliseo, titulada *Del dicho al hecho...* Es un proverbio en tres actos que ha obtenido un éxito muy lisonjero. Está bien escrita, gira sobre un pensamiento altamente laudable, y encanta la correccion y ligereza de su diálogo. En la ejecución se distinguió mucho el Sr. Arjona, que hace un tipo precioso con la admirable inteligencia tan natural en él.

Vamos á ocuparnos del Príncipe, sintiendo que el poco espacio de que podemos disponer no nos permita hacerlo con la detencion que merece. Este afortunado coliseo, tan favorecido del público cortesano, puso en escena el día de Navidad una comedia en tres ac-

tos, original de D. Enrique Zumel, titulada *El muerto y el vivo*. Tiene una versificación fácil y armoniosa, y abunda en chistes y agudezas de muy buen género, que escitan la hilaridad del público, siendo, por lo tanto, muy bien acogida.

El Eclipse parcial, comedia del Sr. García Guitierrez, estrenada tambien en este teatro, es, como no podia menos de serlo atendido el talento de su ilustre autor, una joya literaria, segun el parecer de nuestros cólegas. No la hemos visto todavía; causas ajenas á nuestra voluntad nos lo han impedido, por lo cual aplazamos su exámen para la revista próxima. En la misma nos ocuparemos de Variedades y Novedades.

No terminaremos esta reseña sin hacer mencion de la última sesion del Liceo Piquer, celebrada el mártes. La seccion dramática puso en escena *Jugar por tabla*; en su desempeño tomaron parte las señoritas doña Joaquina García Balmaseda y doña Narcisca Gracia, y los Sres. Márquez, Ferranz y Rincon. Todos desempeñaron sus papeles con la mayor inteligencia, siendo el conjunto bellísimo, y admirable la ejecución de esta preciosa comedia que no podia tener intérpretes mas entendidos. El difícil papel de Sofia, á cargo de la simpática señorita Balmaseda, fue dicho con la maestría de una actriz de primer orden; la bella y elegante señorita Gracia estuvo en el suyo muy acertada y muy oportuna. El Sr. Márquez, en el del abogado, obtuvo un éxito lisonjero, siendo muy aplaudido por el escogido público de tan favorecido coliseo, como asimismo los Sres. Rincon y Ferranz, que completaron dignamente el cuadro.

Al terminar la comedia fueron llamados á la escena y saludados por una lluvia de aplausos.

Despues de la comedia, los distinguidos profesores Sres. Zabala y Soss tocaron en dos pianos un duo sumamente difícil, encantando á la concurrencia por su admirable ejecución.

La señorita doña Ezequiela Peironet cantó una romanza de *La Traviatta*, demostrándonos sus excelentes dotes para el canto, á pesar de la timidez con que se presentó en la escena, á causa sin duda de ser la primera vez que nos permitia escuchar su deliciosa voz. La acompañó su maestra, la señora de Vanhalen.

La seccion de literatura estuvo representada por la señorita doña Ángela Grassi, que leyó con levantada entonacion una preciosa poesía á la memoria de Balmes, y por el Sr. D. Antonio Campos, que tambien ofreció á la ilustrada concurrencia una larga epístola en tercetos y una de sus ingeniosas fábulas, género que cultiva con bastante acierto.

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

MODAS.

CORREO DE SEÑORITAS.

¿Qué mas puedo hacer por mis interesantes lectoras que desplegar ante sus ojos las maravillas del arte? El

buen gusto, siguiendo los pasos de los adelantos del siglo, avanza progresivamente, y cada creación es un modelo capaz de embellecer á la menos dotada por hermosos dones de la naturaleza. La imaginación de las inteligentes floristas les sugiere deliciosas innovaciones para todas las fisonomías. Coronas de *cactus* enlazadas en terciopelo punzó y acompañadas de frutos diminutivos encarnados, siguiendo los accidentes del adorno: puffs de plátano, que se colocan encima de la cabeza con presillas de diamantes y descienden á manera de lluvia sobre el cabello; adornos escoceses mezclados de yedra de terciopelo, frutas encarnadas, y bolas de todos colores.

También hay otros puffs muy elegantes destinados á los adornos rusos.

Las guarniciones de los trajes ofrecen encantadora variedad. Podemos designar los ramilletes de *cactus* rodeados de hojas naturales dispuestas en pequeñas castellanas, y colocadas en el bajo de la falda. Castellanas compuestas de tres ramilletes á manera de lazos de yerbas húmedas de rocío. Una linda mariposa supera el ramo. También hay presillas de rosas de cien hojas con verdor de crespon ligero y musgoso, lo que hace los follajes huecos en vez de ser planos.

Otras castellanas están formadas por un *rouleau* de terciopelo punzó, sobre el cual se destacan tres ramos de gruesos pensamientos del mismo color, cercados de hojas bronceadas y doradas.

Estas nuevas castellanas hacen un prodigioso efecto sobre un traje de tul blanco, con bullones dispuestos en el bajo de la falda, terminados por una ondulación de terciopelo *epingle*, bordeado de dos encajitos negros. Un gran volante de encaje negro separa los bullones. El cuerpo cubierto de draperías adornadas con el mismo gusto, y las mangas sumamente pequeñas. Otro traje de crespon blanco, guarnecido de olas de tul de seda y de ondulaciones de blonda, sostenidos de distancia en distancia por escarapelas de tafetan azul. El cuerpo escotado, y las mangas bullonadas, se guarnecen por el mismo estilo.

Los sombreros que podemos designar son lindísimos. Uno es de felpa blanca cubierta de un adornito de pasamanería, con cascabeles de seda. Remontando hacia la parte alta del ala, tiene una concha de encaje negro. Esta especie de *fauchon* está sostenido con cabos pequeños de terciopelo negro. El interior adornado de una violeta blanca con remates encarnados, á la cual se sujetan un retorcido de terciopelo negro y una concha blonda blanca.

Mirad un modelo encantador en terciopelo azul méjico. Es tendido; dos plumas blancas pequeñas se escapan de un lazo de terciopelo azul colocado al borde del ala. El *bavolet* es de tul blanco cubierto de blonda. El interior se compone de un retorcido de terciopelo azul, una concha de tul de seda sostenida por una rosa blanca, y las bridas azules.

Entre los sombreros de terciopelo negro tendidos, es notable una linda creación guarnecida de terciopelo escocés colocado en *écharpe* sobre el borde del ala; este

écharpe desciende hasta el *bavolet*. El interior adornado de blonda con diadema igual.

Otros sombreros, también de terciopelo negro tendidos, van adornados de un *fauchon* de fina pasamanería bordeada de cascabelillos perlados; un lazo de terciopelo cuyas puntas están guarnecidas de cascabeles, y una rosa igual sobre madera entremezclada de follajes bruñidos, completan el adorno.

Concluiré citando una turba de zuavas de terciopelo pequeñas, de graciosa forma, y guarnecidas de pasamanería ó de *guipuré*. Los mismos modelos se ejecutan en felpa de todos colores y en seda entretelada.

Las cinturas ocupan un lugar importante en nuestros trajes, siendo de una elegancia en general estremada para los trajes de noche, y de una hechicera coquetería cuando completan los de interior.

JOAQUINA DE CARRICERO.

ESPLICACION DEL FIGURIN NÚM. 1,085.

(Para los suscritores de la edición completa.)

Primera figura. Traje de señora. Vestido de gros de Atenas, verde floreado. El bajo de la falda va adornado de un *ruche* que sube por delante á una distancia de veinte centímetros, y desciende por detrás prolongándose hasta formar una cola de veinte centímetros lo menos, de manera que asemeje una segunda falda; por debajo, en los huecos que permite el *ruche*, van colocadas cintas de terciopelo, puestas á iguales distancias. Cuerpo alto de talle redondo, mangas de codo con *ruche* figurando vuelta, y cintas de terciopelo en el bajo de cada una. Cuello y mangas bordadas. Prendido de encaje blanco y negro, con un grupo de flores en medio.

Segunda figura. Traje de niña. Vestido de tafetan gris ceniza, adornado en el bajo de la falda con una gran banda escocesa listada por ambos lados con una cinta igual. Cuerpo liso con cintura suiza de tela escocesa, pequeña pelerina guarnecida de una banda mas estrecha en armonía con el adorno del traje. Mangas semejantes. Pantalón blanco á plieguecitos; botines grises con puntas de charol. Redecilla escocesa, cuello y mangas de batista.

Por todo lo no firmado,

La Directora, FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

Editor propietario, VALENTIN MELGAR.

MADRID: 1884.—Imprenta á cargo de D. Antonio Perez Dubrull, calle del Pez, núm. 6, principal.



Maison Imp. r. St. Louis en l'île de Paris

1085

LES MODES PARISIENNES

